

CAPÍTULO XXI

Situación interior al principio del año 1794. - Trabajos administrativos del comité. - Ley financiera. - Capitalización de las rentas vitalicias. - Estado de las prisiones. - Persecuciones políticas. - Numerosas ejecuciones. - Tentativa de asesinato contra Robespierre y Collot-d'Herbois. - Dominación de Robespierre. - La secta de la *madre de Dios*. - Decláranse divisiones entre los comités. - Fiestas del Ser Supremo. - Ley del 22 pradial reorganizando el tribunal revolucionario. - Terror extremado. - Grandes ejecuciones en París. - Misiones de Lebón, Carrier y Maignet. - Terribles crueldades cometidas por ellos. - Sumersiones en el Loira. - Rompimiento entre los jefes del comité de salvación pública. - Retirada de Robespierre.

Mientras que la república era victoriosa exteriormente, su Estado Mayor no había dejado de ser violento, y sus males seguían siendo los mismos, consistiendo siempre en los asignados, el *máximum*, la escasez de subsistencias, la ley de sospechosos, y los tribunales revolucionarios.

Habíanse aumentado los apuros resultantes de la necesidad de regular el movimiento comercial: era preciso modificar continuamente la ley del *máximum*, unas veces exceptuando los hilos torzales, para señalarles un diez por ciento sobre el arancel, y otras los alfileres, las batistas, muselinas, gasas, encajes de hilo y seda y sederías; pero mientras se debían exceptuar del *máximum* infinitos objetos, contábanse otros que exigían con urgencia su aplicación. Así, pues, el precio de los caballos había llegado á ser excesivo, y fué indispensable determinar su valor según la alzada y la calidad. De estos medios resultaba siempre el mismo inconveniente, pues el comercio se paralizaba y cerraba sus mercados, ó bien abría otros clandestinos, en los que nada podía la autoridad. Si por medio de los asignados consiguió realizar el valor de los bienes nacionales, si con el *máximum* le fué posible ponerlos en relación con las mercancías, no había en cambio arbitrio para impedir que aquéllas se ocultasen á los compradores, y por lo tanto, no cesaban las quejas contra los mercaderes que se retiraban ó cerraban sus almacenes.

Sin embargo, el estado de las subsistencias causaba menos inquietud este año: los convoyes llegados de la América del Norte y una abundante cosecha habían proporcionado suficiente cantidad de granos para el consumo de Francia. El comité, administrando en todas las cosas con igual rigor, había ordenado que el recuento de la cosecha se hiciera por la comisión de subsistencias, y que una parte de grano se trillase al punto para atender al abastecimiento de los mercados. Hubo algún temor de que los segadores ambulantes que se trasladan á las provincias donde más abunda el grano, exigieran jornales extraordinarios; pero el comité declaró que todos los ciudadanos y ciudadanas que se ocuparan en los trabajos de la cosecha serían requeridos forzosamente, determinando las autoridades locales el jornal que debían percibir. Los mozos de las carnicerías y de las tahonas se amotinaron muy pronto, y entonces adoptó el comité una medida más general, poniendo en requisición á los obreros de toda especie que se ocuparan

en el manejo, transporte y venta de los artículos de primera necesidad.

El abastecimiento de carnes era mucho más difícil y embarazoso: escaseaban sobre todo en París; y desde el instante en que los hebertistas quisieron aprovecharse de esta escasez para promover un movimiento, el mal se acrecentó. Fué preciso poner á ración á la ciudad de París; y la comisión de subsistencias fijó el consumo diario en setenta y cinco vacas, ciento cincuenta quintales de ternera y de carnero y doscientos cerdos. Adquiríanse los ganados necesarios; se enviaban al hospicio de la Humanidad, designado como matadero común y el único autorizado, y los carniceros nombrados por cada sección iban á buscar la carne que les estaba destinada, recibiendo una cantidad en proporción al vecindario que debían surtir. Cada cinco días debían distribuir á las familias media libra de carne por cabeza; y empleábase también aquí el recurso de las tarjetas del comité revolucionario para la distribución del pan, expresando el número de individuos de que constaba cada familia. A fin de evitar los alborotos y las largas veladas, prohibíase presentarse antes de las seis de la mañana á la puerta de los carniceros.

La insuficiencia de estos reglamentos se reconoció muy pronto: como ya hemos dicho antes, habíanse establecido carnicerías clandestinas, cuyo número fué cada día mayor; los ganados no tenían tiempo de llegar á los mercados de Neuburgo, Poissy y Sceaux; los carniceros de los campos se adelantaban á ellos, é iban á comprar á los mismos pastos. Aprovechándose del descuido de los ayuntamientos rurales en la ejecución de la ley, estos carniceros vendían á mayor precio del *máximum*, surtiendo á todos los habitantes de las ciudades, y particularmente de París, que no se contentaban con la media libra, distribuída cada cinco días. De este modo, los carniceros del campo absorbían el comercio de los de las ciudades, que no tenían casi nada que hacer desde que se les redujo á distribuir las raciones; y aun muchos de ellos pidieron una ley que les autorizase para rescindir los arriendos de sus tiendas. Entonces fué necesario hacer nuevos reglamentos para impedir que las reses se alejaran de sus mercados correspondientes; y obligóse á los propietarios de los pastos á prestar declaraciones y cumplir con formalidades sumamente incómodas. Hízose necesario descender á detalles mucho más minuciosos aún; la leña y el carbón no

llegaban ya á causa del *máximum*, lo cual inspiró sospechas de que se almacenaba; y se prohibió tener en las casas más de cuatro carretadas de leña y dos de carbón.

El nuevo gobierno zanjaba con una actividad singular todas las dificultades que le ofrecía su marcha. A la vez que expedía estos multiplicados reglamentos, dedicábase á reformar la agricultura, cambiar la legislación de los arriendos para dividir la explotación de las tierras, introducir nuevos abonos, prados artificiales y cría de ganados; decretaba el establecimiento de jardines botánicos en todas las cabezas de departamento para aclimatar las plantas exóticas, formar planteles de árboles de toda especie y abrir cursos de agricultura para el uso y al alcance de los labradores; disponía el desagüe general de los pantanos, con arreglo á un vasto plan bien concebido; acordaba que el Estado adelantase las cantidades para esta gran empresa, y que los propietarios cuyas tierras se desaguaran y saneasen pagaran un derecho ó cedieran aquéllas por un precio determinado; y por último, invitaba á todos los arquitectos á presentar planos para reedificar los pueblos demoliendo los castillos; ordenaba que se embelleciera el jardín de las Tullerías á fin de que fuese más cómodo para el público, y pedía á todos los artistas un proyecto para convertir el teatro de la Ópera en un espacio cubierto donde el pueblo pudiera reunirse en invierno.

Así pues, ejecutaba, ó por lo menos lo intentaba todo á la vez: ¡tan cierto es que cuando más se tiene que hacer es cuando más capaz es el hombre de hacer mucho! El servicio de la hacienda no era el menos difícil é incómodo: ya se ha visto qué recursos se idearon en el mes de agosto de 1793 para devolver su valor á los asignados, retirándolos en parte del giro. Los mil millones retirados por el empréstito forzoso y las victorias que terminaron la campaña de 1793 lo realizaron, y como ya hemos dicho, pusiéronse casi á la par, gracias á las terribles leyes que tan peligrosa hacían la posesión del metálico. Sin embargo, poco duró tan aparente prosperidad, pues los asignados volvieron á decaer muy pronto y la cantidad de las emisiones los rebajó rápidamente. Ingresaban una parte con las ventas de los bienes nacionales, pero era insuficiente; vendíanse éstos á mayor precio del estimado, lo cual no tenía nada de particular, porque la tasación se había hecho por metálico y el pago se efectuaba en asignados, de manera que el precio era realmente muy inferior á la tasa, aunque aparentase ser superior. Por otra parte, esta absorción de los asignados no podía menos de ser muy lenta, mientras que la emisión era necesariamente inmensa y rápida. Un millón y doscientos mil hombres que habían de pagarse y armarse, un material que fabricar y una marina que construir con un papel despreciado, exigían cantidades enormes de este mismo papel. Siendo único este recurso, y por otra parte aumentándose diariamente el capital de los asignados con las confiscaciones, fué necesario echar mano de él mientras lo requería la necesidad. Abolióse la distinción entre la caja del ordinario y del extraordinario, reservada la una al producto de los impuestos, y la otra á la creación de los asignados. Confundiéronse los dos géneros de recursos, y cada vez que la necesidad lo exigía, suplíase á la renta con nuevas emisiones. A principios de

1794 (año II), la suma total de éstas había duplicado; y como se agregaron cerca de cuatro mil millones á la suma ya existente, ascendió á unos ocho mil la totalidad. Descontando las sumas ingresadas y amortizadas y las que no se habían gastado aún, quedaban realmente en circulación cinco mil quinientos treinta y seis millones. Decretóse en mesidor, año II (junio de 1794), la emisión de mil millones más de asignados de todo valor, desde mil francos hasta quince sueldos, y el comité de hacienda apeló aún al empréstito forzoso sobre los ricos. Hízose uso de los padrones del año anterior, y se impuso á los que figuraban en ellos una contribución extraordinaria de guerra, de la décima parte del empréstito forzoso, ó sea de cien millones: esta suma no se exigió en calidad de reintegro, sino á título de impuesto, que debía pagarse sin recobro.

Para completar el establecimiento del Gran libro y el proyecto de uniformar la deuda pública, restaba *capitalizar* las rentas vitalicias y convertirlas en una inscripción. Estas rentas de toda especie y forma eran el objeto de un agiotaje muy complicado; pues así como los contratos antiguos del Estado, tenían el inconveniente de descansar sobre un real título y merecer una preferencia marcada sobre los valores republicanos, por cuanto se decía siempre que si la república se avenía á reintegrar las deudas de la monarquía, jamás ésta consentiría en pagar las de la república. Cambón terminó, pues, su gran obra de la regeneración de la deuda proponiendo y haciendo publicar la ley que capitalizaba las rentas vitalicias, cuyos títulos debían entregarse por los notarios, para quemarlos después, como se había hecho con los contratos. El capital suministrado antes por el rentista quedaba convertido en una inscripción, con el interés perpetuo de cinco por ciento en vez de la renta vitalicia. Sin embargo, por consideración á los ancianos y á los rentistas de escasa fortuna, quienes trataron de duplicar sus recursos haciéndolos vitalicios, conserváronse las rentas moderadas, proporcionándolas á la edad de los individuos. Desde la edad de cuarenta á cincuenta años se dejó intacta toda renta de mil quinientos á dos mil francos; de cincuenta á sesenta, la de tres mil á cuatro mil, y así sucesivamente hasta la edad de cien años y la suma de diez mil quinientos francos. Si el rentista comprendido en éste caso tenía una renta superior á la cuota señalada, capitalizábase el exceso. Seguramente que no se podían guardar más consideraciones con las fortunas medianas y la ancianidad; pero ninguna ley ocasionó más reclamaciones; y la Convención sufrió, por aquella sabia y equitativa medida tomada con humanidad, más vituperio que por las terribles disposiciones que cada día señalaban su dictadura. Los agiotistas quedaban perjudicados, porque la ley exigía las certificaciones de vida para reconocer los créditos. Los portadores de títulos de emigrados no podían adquirir fácilmente estas certificaciones; y así es que los agiotistas más perjudicados por esta condición hicieron ruidosas reclamaciones en nombre de los ancianos y achacosos; decían que no se respetaba la edad ni la indigencia, y persuadieron á los rentistas de que no se les pagaría, porque la operación y las formalidades requeridas debían ocasionar demoras interminables; pero nada de esto sucedió. Cambón hizo modificar algunas cláusulas del decreto, y velando de continuo en la te-

serería, consiguió que se ejecutara el trabajo muy pronto. Los rentistas, que no traficaban con títulos ajenos y que vivían con sus propias rentas, fueron pagados rápidamente; y, según dice Barrere, en vez de esperar turno en patios descubiertos y expuestos á la intemperie de las estaciones, aguardaban en las salas abrigadas y cubiertas de la tesorería.

En medio de estas útiles reformas seguían su curso las crueldades. La ley que expulsaba á los ex nobles de las plazas fuertes y marítimas producía una infinidad de vejaciones, porque distinguir á los verdaderos nobles, cuando la nobleza se consideraba como una calamidad, no era más fácil que en la época en que fué una pretensión. Las plebeyas casadas con nobles y que habían enviudado y los que compraban destinos tomando el título de caballeros, reclamaban ser exceptuados de una distinción que en otro tiempo buscaron ávidamente, y esta ley ofrecía por lo mismo un nuevo campo á la arbitrariedad y á las vejaciones más tiránicas.

Los representantes comisionados ejercían su autoridad con el más extremado rigor, entregándose algunos á crueldades extravagantes y monstruosas. En París se llenaban las prisiones cada día más, y el comité de seguridad general había instituido una policía que sembraba el terror en todas partes, siendo su jefe un tal Herón, que tenía á sus órdenes una nube de agentes, todos dignos de él. Eran lo que se llamaba los *portadores de órdenes* de los comités; los unos espían; los otros, provistos de órdenes secretas á menudo en blanco, hacían arrestos en París y en las provincias, recibían sumas para cada una de sus expediciones, exigiéndolas también de sus prisioneros, y de este modo agregaban la rapiña á la crueldad. Todos los aventureros licenciados con el ejército revolucionario ó despedidos de las oficinas de Bouchotte habían pasado á ocupar estos nuevos empleos, llegando á ser en ellos mucho más temibles. Introducíanse en todas partes, en los paseos, en cafés y en los teatros; á cada instante se creía uno perseguido ó escuchado por cualquiera de aquellos inquisidores; y gracias á su diligencia, el número de sospechosos ascendió á siete ú ocho mil sólo en París. Las prisiones ya no ofrecían el mismo aspecto de otra época; no se veía á los ricos contribuyendo para los pobres, y á los hombres de todas opiniones y clases viviendo en sociedad asaz tranquilamente y consolándose con los placeres de las artes de los rigores de la cautividad. Este régimen había parecido demasiado soportable para aquellos á quienes llamaban aristócratas; habíase pretendido que el lujo y la abundancia reinaban entre los sospechosos, mientras que el pueblo se veía reducido á la ración; que los ricos detenidos se complacían en desperdiciar las subsistencias que hubieran podido servir para alimentar á los ciudadanos indigentes, y se decidió cambiar el régimen de las prisiones. En su consecuencia, establecieron refectorios y mesas comunes; dábase á los prisioneros, á horas fijas en grandes comedores, un alimento detestable y malsano, que les hacían pagar á muy subido precio, y no se les permitía comprar alimentos sino para reemplazar los que no podían comer. Girábanse visitas, les quitaban los asignados, y privábanseles así de todo medio para proporcionarse un alivio. No tenían ya la misma libertad para verse y vivir juntos, y á los enojos del aislamiento agregábanse los terrores

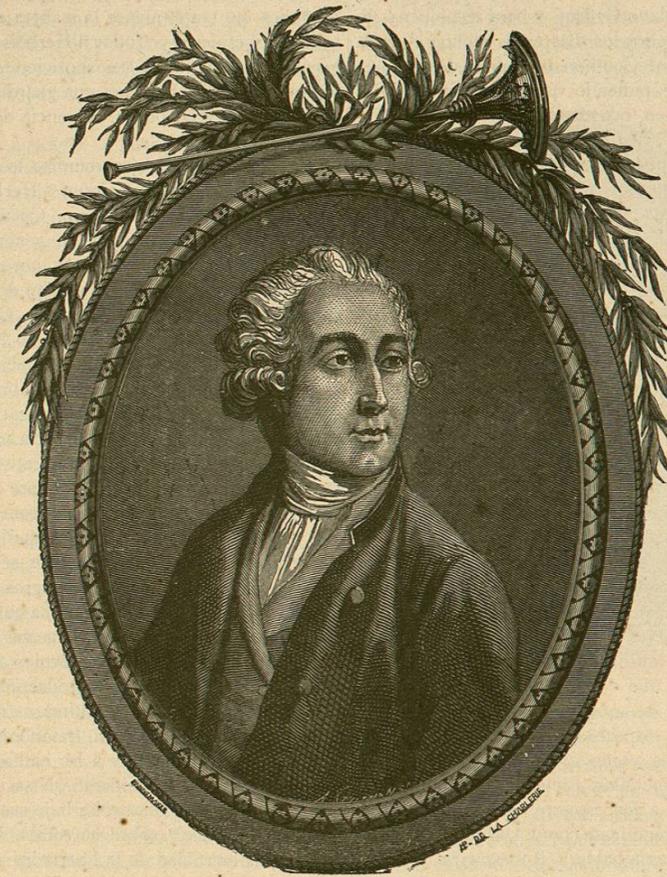
de la muerte, que era cada día más activa y pronta. Desde el proceso de los hebertistas y dantonistas el tribunal revolucionario comenzaba á inmolar las víctimas por tanda de veinte individuos á la vez: había condenado á la familia de Malesherbes y á su parentela, en número de quince á veinte personas. El respetable jefe de esta casa fué á la muerte con la serenidad y tranquilidad de un sabio: como diera un paso en falso cuando se dirigía al cadalso, se le oyó decir: «Este mal paso es de funesto augurio; un romano volvería á su casa.» A los Malesherbes se agregaron veintidós individuos del Parlamento, y casi todos los del de Tolosa fueron sacrificados. Por último, acabábase de encausar á los arrendadores generales con motivo de sus antiguas negociaciones con el fisco: se les probó que habían impuesto condiciones onerosas al Estado, y el tribunal revolucionario los envió al patíbulo por exacciones sobre el tabaco, la sal, etc. Entre ellos iba un sabio ilustre, el químico Lavoisier, que en vano pidió ocho días de plazo para escribir sobre un descubrimiento.

Habíase dado el impulso; se administraba, se combatía y se degollaba con un método espantoso. Los comités, situados en el centro, gobernaban con el mismo rigor; la Convención, siempre silenciosa, asignaba pensiones á las viudas y á los hijos de soldados muertos por la patria, reformaba los juicios de los tribunales, interpretaba decretos, regulaba el cambio de ciertas propiedades del dominio, y en una palabra, ocupábase de las cosas más insignificantes y accesorias. Barrere iba á leer todos los días los informes referentes á las victorias á los que daba el nombre de *carmañolas*, y á fin de cada mes anunciaba por pura fórmula que los poderes de los comités habían terminado y que era preciso renovarlos. Contestábanle entonces entre aplausos que los comités debían proseguir sus trabajos; algunas veces olvidábase de cumplir con esta formalidad, mas á pesar de ello no dejaban los comités de proseguir en el desempeño de sus funciones.

En estos momentos de una sumisión absoluta, es cuando se sublevan las almas desesperadas y cuando deben temer el puñal las autoridades despóticas. Había entonces en París un hombre, empleado como dependiente de las oficinas de la Lotería Nacional, que estuvo en otro tiempo al servicio de varias grandes familias y que profesaba un odio violento al régimen de entonces; tenía cincuenta años y llamábase Ladmira. Había concebido el proyecto de asesinar á uno de los individuos más influyentes del comité de salvación pública, á Robespierre ó Collot d'Herbois, y desde hacía algún tiempo habíase alojado en la misma casa que Collot, en la calle Favart; pero vacilaba entre este último y Robespierre. El 3 pradiar (22 mayo), resuelto á matar á Robespierre, se dirige al comité de salvación pública y le espera todo el día en la galería que terminaba en la sala del comité; mas no habiendo podido encontrarle, vuelve á su casa y se sitúa en la escalera para herir á Collot d'Herbois. A eso de la media noche, cuando Collot subía, Ladmira le dispara un pistoletazo á boca de jarro; falta el tiro; Ladmira dispara el segundo; no segunda su designio; hace fuego tercera vez, y sale el tiro, pero la bala no toca sino en las paredes. Entonces se empeña una lucha, mientras Collot grita *¡al asesino!* Por fortuna para él, pasaba por la calle una patrulla, que acude

al ruido; Ladmira emprende la fuga, sube á su cuarto y se encierra; pero le siguen, y se quiere derribar la puerta. Ladmira anuncia que está armado, y que hará fuego con los que se presenten á cogerle. Esta amenaza no intimida á la patrulla, y se derriba la puerta; un cerrajero llamado Gefroy avanza el primero, y recibe un tiro que le hiere casi mortalmente; pero Ladmira es

enemigo. Mientras que nosotros ponemos á la orden del día la justicia y la virtud, los tiranos coligados ponen el crimen y el asesinato. En todas partes hallaréis el genio fatal de los ingleses; en nuestros mercados, en nuestras compras, en los mares, en el continente y entre los reyezuelos de Europa, lo mismo que en nuestras ciudades. La misma cabeza que dirige las manos que asesinan á



Lavoisier

arrestado al punto y conducido á la cárcel. Interrogado por Fouquier-Tinville, refiere su vida, sus proyectos y sus tentativas para matar á Robespierre antes de pensar en Collot d'Herbois. Pregúntale quién le ha inducido á cometer el crimen, y contesta con firmeza que no es un crimen; que es un servicio que ha querido prestar á su país; que él solo ha concebido el proyecto, sin sugerencias extrañas, y que su único sentimiento es no haber realizado su fin.

El rumor de esta tentativa se difunde con rapidez y, según costumbre, acrecienta el poder de aquellos contra quienes iba dirigida. Barrere se apresura á presentarse en la Convención al día siguiente, 4 pradiar, para hacer el relato de esta nueva maquinación de Pitt. «Las facciones interiores, dice, no cesan de corresponderse con ese gobierno mercader de coaliciones, comprador de asesinatos, que persigue á la libertad como su mayor

Basseville en Roma, á los marinos franceses en el puerto de Génova y á los franceses fieles en Córcega, es la que dirige el acero contra Lepelletier y Marat, la guillotina contra Chalier y las armas de fuego contra Collot d'Herbois.» Barrere presenta después cartas de Londres y de Holanda que han sido interceptadas, y en las cuales se anuncia que los complots de Pitt van dirigidos contra los comités y particularmente contra Robespierre. Una de estas cartas dice en resumen: «Tememos mucho la influencia de Robespierre. Cuanto más se concentre el gobierno francés republicano, más fuerza tendrá y más difícil será el derribarle.»

Semejante manera de presentar los hechos era la más propia para excitar el más vivo interés en favor de los comités, y sobre todo de Robespierre, y para identificar su existencia con la de la república. Barrere refiere después el hecho con todas sus circunstancias,

habla del *apresuramiento enternecedor* que las autoridades constituidas han manifestado para proteger la representación nacional, y da cuenta con pomposas palabras de la conducta del ciudadano Geffroy, que ha recibido una herida grave al apoderarse del asesino. La Convención acoge con ruidosos aplausos el informe de Barrere; manda que se practiquen pesquisas para asegurarse si Ladmiral no tiene cómplices, decreta se den las gracias al ciudadano Geffroy, y para recompensarle decide que se lea todos los días en la tribuna el parte acerca de su estado. Couthón pronuncia después un discurso fulminante, pidiendo que el informe de Barrere sea traducido en todas las lenguas y circulado en todos los países. «Pitt, Coburgo, exclama, y vosotros todos, infames tiranuelos, que consideráis el mundo como vuestro patrimonio, y que en los últimos momentos de vuestra agonía lucháis con tanto furor, afilad, afilad vuestros puñales; nosotros os despreciamos demasiado para temeros, y bien sabéis que somos bastante grandes para imitaros!» Resuenan en la sala los aplausos, y Couthón añade: «Pero la ley cuyo imperio os espanta tiene su cuchilla levantada sobre vosotros, y sobre todos caerá. ¡El género humano necesita este ejemplo, y el cielo que ultrajáis lo ha ordenado!»

Collot d'Herbois llega entonces para recibir las pruebas de interés de la asamblea; acógenle con repetidas aclamaciones, y á duras penas consigue que se le escuche. Robespierre, mucho más diestro, no se presenta, y parece substraerse á la ovación que le espera.

Aquel mismo día, 4, una joven, llamada Cecilia Renault, se presenta á la puerta de Robespierre con un paquete debajo del brazo, pregunta por él é insiste tenazmente en verle; dice que un funcionario público debe estar siempre dispuesto á recibir á cuantos desean hablarle, y acaba por injuriar á los patrones de Robespierre, los Duplaix, que no querían recibirla. Por las repetidas instancias de aquella joven y su aspecto extraño, se conciben sospechas; apodéranse de ella, la entregan á la policía, abren su paquete, y encuentran unos trapos y dos cuchillos. Preténdese al punto que ha querido asesinar á Robespierre, la interrogan, y se explica con tanta seguridad como Ladmiral. Al preguntarla para qué quería hablar á Robespierre, contesta que para ver cómo era un tirano. Repítense las preguntas; se quiere saber qué significa aquel paquete que contiene los trapos y los cuchillos; contesta que no ha querido hacer uso alguno de estos últimos, y que en cuanto á los otros, se había provisto de ellos porque esperaba ser conducida á la cárcel y desde allí á la guillotina. Añade que es realista porque prefiere un rey á cincuenta mil; se insiste con nuevas preguntas, y rehusa contestar, pidiendo que la conduzcan al patíbulo.

Bastaban estos indicios para deducir que la joven Renault era uno de los asesinos armados contra Robespierre; y á este último hecho se agregó otro. Al otro día, en Choisy-sur-Seine, un ciudadano refería en un café la tentativa de asesinato contra Collot d'Herbois, regocijándose de que se hubiera frustrado, cuando un fraile llamado Saintanax, que escuchaba el relato, contesta que es una desgracia que los bribones del comité hayan podido escapar, pero que espera que caerán más pronto ó más tarde. Apodéranse en el acto del infeliz, y le trasladan á París aquella misma noche. Esto era más de

lo que se necesitaba para suponer vastas ramificaciones; pretendióse que se había organizado una cuadrilla de asesinos; todos se apresuraron á ir á ver á los miembros del comité para invitarles á que se guardaran y velasen por sus vidas, tan preciosas para la patria. Reuniéronse las secciones y enviaron nuevas diputaciones y mensajes á la Convención, diciendo que entre los milagros que la Providencia había hecho en favor de la república, no era el menor la manera de haberse substraído Robespierre y Collot d'Herbois á los golpes de los asesinos. En una de las exposiciones se llegaba hasta á proponer que se facilitara una guardia de veinticinco hombres para velar por la existencia de los individuos del comité.

Al día siguiente debían reunirse los jacobinos: presentáronse Robespierre y Collot d'Herbois, y se les recibió con indecible entusiasmo. Cuando el poder ha sabido asegurarse una sumisión general, no hay más que dejar á las almas viles obrar, porque ellas mismas llegan para dar cima á la obra de su dominación, agregándole un culto y honores divinos. Contemplábase á Robespierre y á Collot d'Herbois con ávida curiosidad, y se decía: «Ved á esos hombres preciosos; el Dios de los hombres libres les ha salvado, cubriéndolos con su égida para conservarlos á la república! Es preciso que participen de los honores que Francia tributa á los mártires de la libertad, y también la satisfacción de honrarlos sin llorar sobre su urna fúnebre (1).» Collot usa entonces de la palabra con su acostumbrada vehemencia, y dice que lo emoción que experimenta en aquel momento le prueba cuán dulce es servir á la patria, aún á costa de los mayores peligros. «Se reconoce, dice, la verdad de que aquel que ha corrido algún peligro por su país recibe nuevas fuerzas por el fraternal interés que inspira. Estos benévolo aplausos son un nuevo pacto de unión entre todas las almas fuertes. Los tiranos, reducidos á la última extremidad y conociendo que se acerca su fin, tratan en vano de apelar á los puñales, al veneno y á las emboscadas, pues los republicanos no se intimidarán. ¿No saben los déspotas que cuando un patriota expira bajo sus golpes, los que le sobreviven juran sobre su tumba la venganza del crimen y la eternidad de la libertad?»

Collot termina en medio de ruidosos aplausos, y Bantolle pide que el presidente dé á Collot y á Robespierre el abrazo fraternal en nombre de toda la sociedad. Legendre, con el apresuramiento de un hombre que había sido amigo de Dantón y que se veía precisado á mayor bajeza para hacer olvidar aquella amistad, dice que la mano del crimen se ha levantado para herir á la virtud, pero que el Dios de la Naturaleza ha impedido que se cometa el crimen. Invita á todos los ciudadanos á formar una guardia alrededor de los individuos del comité, y se ofrece el primero á velar por sus preciosos días. En aquel momento, algunas secciones piden permiso para entrar en la sala; todos se apresuran á dejar paso; pero es tan considerable la multitud, que se hace preciso dejarlas á la puerta.

Ofrécense al comité las insignias del poder soberano; y aquel era el momento de rehusarlas, pues basta á los jefes diestros inducir á que se les ofrezcan, y deben

(1) Véase la sesión de los jacobinos, del 6 pradiel.

buscar el mérito de la negativa. Los individuos presentes del comité combaten con afectada indignación la proposición de darles una guardia, y Couthón toma la palabra al punto. «Extraño, dice, la proposición que se acaba de hacer en los jacobinos y que se ha hecho ya en la Convención. Quiero atribuirle á intenciones puras; pero únicamente los déspotas se rodean de guardias, y los individuos del comité no quieren asemejarse á ellos ni necesitan guardias para defenderlos. La virtud, la confianza del pueblo y la Providencia son las que velan por su vida; no necesitan más garantías para su seguridad, y por otra parte, sabrán morir en su puesto y por la libertad.»

Legendre se apresura á justificar su proposición: dice que no ha querido precisamente dar una guardia organizada á los individuos del comité, sino invitar sólo á los buenos ciudadanos á velar por sus vidas; que si se ha engañado se retracta, y que su intención ha sido pura. Robespierre le sucede en la tribuna: toma la palabra por primera vez y resuenan aplausos, que se prolongan largo tiempo, hasta que al fin se guarda silencio para que se le pueda oír. «Yo soy, dice, uno de aquellos á quienes menos deben interesar los sucesos ocurridos; pero no puedo prescindir de hacer algunas reflexiones. De esperar era que los defensores de la libertad estuvieran expuestos á los puñales del despotismo; ya lo había dicho yo: si batimos á los enemigos y burlamos á las facciones, seremos asesinados. Lo que pensé ha sucedido: los soldados de los tiranos han mordido el polvo; los traidores han perecido en el cadalso, y se han afilado los puñales contra nosotros. Yo no sé qué impresión deben causaros estos acontecimientos; pero voy á deciros el que han producido en mí. He pensado que era más fácil asesinaros que vencer nuestros principios y subyugar nuestros ejércitos: me he dicho que cuando más incierta y precaria es la vida de los defensores del pueblo, más deben apresurarse á ocupar sus últimos días en actos útiles á la libertad. Yo, que no creo en la necesidad de vivir, sino sólo en la virtud y la Providencia, me hallo en un estado en que sin duda no quisieron ponerme los asesinos; me siento más independiente que nunca de la malignidad de los hombres. Los crímenes de los tiranos y el hierro de los asesinos me han hecho más libre y más temible para todos los enemigos del pueblo; mi alma está más dispuesta que nunca á descubrir á los traidores y arrancarles la máscara con que osan disfrazarse. ¡Franceses, amigos de la igualdad, confiad en que nosotros emplearemos la escasa vida que la Providencia nos concede en combatir á los enemigos que nos rodean!» Las aclamaciones redoblan al terminarse este discurso, y menudean los transportes en todas las partes de la sala. Robespierre, después de haber disfrutado algunos instantes de aquel entusiasmo, toma otra vez la palabra contra un individuo de la sociedad, que había pedido honores cívicos para Geffroy, comprendiendo en su proposición la que aconseja dar una guardia á los individuos de los comités, sosteniendo que una y otra tienen por objeto excitar la envidia y la calumnia contra el gobierno, agobiándole con honores superfluos. En su consecuencia, propone y hace decidir la exclusión de aquel que había pedido para Geffroy los honores cívicos.

En el grado de poderío á que había llegado, el comi-

té debía alejar las apariencias de la soberanía. Existía una dictadura absoluta, pero era preciso que no se conociese demasiado; y todas las exterioridades, todas las pompas del poder no podían menos de comprometerle inútilmente. Un soldado ambicioso, que es señor por su espada y que quiere un trono, se apresura á caracterizar su autoridad cuanto antes le es posible, agregando á las insignias del poder el poder mismo; pero los jefes de un partido que no gobiernan á este último sino por su influencia y que quieren seguir siendo señores, deben lisonjearle siempre atribuyéndole de continuo el po-



Cecilia Renault

der de que gozan y gobernarle aparentando obedecerle.

Los individuos del comité de salvación pública, jefes de la Montaña, no debían aislarse de ella y de la Convención, sino rechazar por el contrario todo lo que pareciese elevarse demasiado sobre sus colegas. Ya se echaba de ver que la extensión de su poderío embargaba los ánimos aun en su propio partido; veíase en ellos á otros tantos dictadores, y la elevada influencia de Robespierre era principalmente la que comenzaba á ofuscar la vista. Iban acostumbrándose á decir, no ya el *comité lo quiere*, sino *Robespierre lo quiere*; Fouquier-Tinville decía á un individuo á quien amenazaba con el tribunal revolucionario: *Si Robespierre lo quiere, pasarás por él*. Los agentes del poder nombraban de continuo á Robespierre en sus operaciones, y parecían atribuírselo todo, como la causa de que todo emanaba. No dejaban tampoco las víctimas de imputarle todos sus males, y en las prisiones no se veía sino un opresor: *Robespierre*. Hasta los mismos extranjeros llamaban en sus proclamas á los soldados franceses *soldados de Robespierre*, expresión que se halló en una del duque de York. Comprendiendo cuán peligroso era el uso que de su nombre se hacía, apresuróse Robespierre á pronunciar en la Convención un discurso para rechazar lo que él llamaba pérdidas insinuaciones, que tenían por objeto perderle;